

contenta sobre el sepulcro de un héroe, y vivió triste ba-
jo el techo de un hombre desahogado.
—Bien, hija mía, bien—dijo Doña Juana presentándose
en la sala—eres digna de la noble sangre que circula por
tus venas, eres digna de ser esposa de Don Leonel de Car-
vajal. Lléjete Dios, Dios os bendiga, y alguna vez podréis
ser el uno del otro, y el día en que el ángel vuestro libre
de sus cadenas ategó con tanta intención y cuidado.

IX.

En que se refiere lo que hizo Martin Garatuza por servir al Padre Salazar.

Al separarse de su hermano el Padre Salazar se dirigió á su casa, y al llegar al zaguan de ella, descubrió un indio, con el pelo cortado sobre la frente con la figura de un cerquillo de fraile, y sobre las orejas dos mechones largos que le llegaban casi hasta los hombros, segun la moda de todos ellos, y que llamaban de balcarrotas ó balcarrias.

Aquel hombre, miserablemente vestido, se acercó al Padre Salazar y le dijo humildemente, pero haciéndolo brillar un anillo de plata en el dedo índice de la mano izquierda:

—Buenos dias.

—Dios los enviará—contestó el Padre Salazar, procurando inútilmente recordar el nombre, el rostro, la figura, la voz de aquel afiliado.

—¿Qué quereis?

—Hablar quisiera con su señoría.

—Pasad—contestó el Padre—y seguidme.

Entraron al patio, subieron las escaleras, y el Padre entrando en su aposento se encerró en él con el indio, sin dar muestras ningunas de temor ni desconfianza; el padre Salazar tenia un temple de acero.

—¿Qué quereis?—dijo descansando en un sitial y sin ofrecer asiento al indio.

—En primer lugar dijo el indio—tomando tambien sin ceremonia otro sitial y sentándose—aconsejaros que no seais tan confiado: si como soy un hombre de bien fuera un asesino, encerrado con vos os podria matar impunemente.

—Probad á hacerlo—dijo desdeñosamente el padre Salazar.

Su interlocutor le miró con asombro y con curiosidad.

—En fin, no vengo á eso; haced lo que mejor os plazca, señor: ¿me conoceis?

—No recuerdo; sois de los nuestros, y lo demas no me importa.

—Flaca memoria teneis; anoche hemos hablado.

—¿Adónde?

—Despues de la reunion.....

—Entonces, sois.....

—Garatuza, para servir á usía, á Dios y á todo lo bueno.

—¿Garatuza?

—El mismo.

—A fe que no os miro un dia igual á otro.

—Os he dicho que son mis ardidés; tengo mucho que temer del rey y del Santo Oficio.

—Pues guardad.

—Inútil consejo, que bien me guardo: en fin, vengo á ver si os sirvo de algo, que me enfada el estar ocioso.

—Sí que servís, y mas en estos momentos.

—Mandadme.

—Oid: me importa, es decir, importa á nuestra causa saber lo que se habla en palacio; pero no por el vulgo de la servidumbre, sino por los altos personajes: ¿podreis averiguarlo?

—Os prometo saber y contaros lo que digan el virey y el pesquisidor.

—Mucho prometer es ese.

—Y lo vereis cumplido; ¿no mas?

—No mas.

—Corre de mi cuenta. Y Martin se levantó.

—¿Os vais?

—Sí, que no debo perder instante. Dios os guarde.

Y sin esperar respuesta, Garatuza salió de la casa, dejando confuso á Don Alonso con su actividad.....

Preparábase en aquella tarde un suntuoso banquete, con que el cabildo obsequiaba al nuevo virey; las cocinas y el comedor de palacio hervian literalmente de gente; cocineros, marmitones, lacayos, curiosos, todos en confusion, iban, venian, se estorbaban, se empujaban, reñian entre sí: el lacayo que atravesaba precipitado conduciendo una fuente con dulces, se encontraba con el cocinero que venia de ver el efecto que hacian los pavos rellenos, y en el choque caian los dulces por un lado y la obligada gorra del gordo cocinero por otro; y allí era el regañar del uno y el disculparse del otro, y el aprovecharse en la cuestion los muchachos recogiendo los dulces: todo era confusion y ruido, y apenas entre aquella especie de tumulto se escuchaba la voz del mayordomo, que dictaba sus órdenes como si estuviera en mitad de un combate.

De repente se advirtió un lacayo mas lujosamente vestido que los otros, y que se llegó al mayordomo gravemente como investido de una mision elevada, y le dijo parándose delante de él:

—Dispense usía, ¿es acaso usía el jefe que dispone los arreglos del banquete?

El mayordomo, que era un simple comisionado del cabildo de la ciudad y empleado de un órden inferior, al oirse llamar usía tan respetuosamente por un lacayo tan bien vestido, y esto en presencia de un concurso tan numeroso, miró con cierta simpatía á su interlocutor, y contestó con mucha afabilidad:

—Yo soy; ¿qué se ofrece?

—En primer lugar—contestó el lacayo—servir á usía, y en segundo, hacerle presente que yo me llamo Benjamin y soy el ayuda de cámara de S. E. el señor virey mi amo, que gusta siempre de que yo le sirva; y como todos los señores de alta alcurnia tiene algunas ideas que aun no le conocen los demás de la servidumbre que ha puesto usía, aunque por otra parte, como escogidos por usía, deben valer mas que yo.

—Siendo así—contestó el mayordomo sintiendo lisonjear su amor propio con tanto usía y tantos cumplimientos y deseando corresponder á ellos—podeis tomar por vuestra sola cuenta el servicio de Su Excelencia: yo avisaré esto á los demas de la servidumbre, y no tendrá que incomodarse S. E. por nada. Venid á ver conmigo la mesa para que conozcais la colocacion de las personas, el lugar en que están los vinos, y lo demas que necesario sea para servir á S. E.

El lacayo siguió al mayordomo, y muy pronto estuvo al corriente de todo.

Llegó la hora de sentarse el virey á la mesa y los convidados esperaron que S. E. lo hiciera, y luego cada uno buscó el lugar que mejor le convino.

El virey, marqués de Cerralvo, ocupó solo la cabecera; á los lados de la mesa, á su derecha se colocó el Visitador Don Martin Carrillo, y á su izquierda el presidente de la Audiencia.

Detrás de Su Excelencia, pendiente de sus menores movimientos, adivinando en sus ojos los deseos, estaba el lacayo que habia hablado con el mayordomo; él solo servia vino al virey, retiraba los platos, presentaba otros nuevos, iba y venia; pero con tanta actividad, con tanta delicadeza, que el marqués de Cerralvo no pudo menos que llamar sobre ello la atencion del visitador, con quien por razon del largo viaje que juntos habian hecho tenia mas confianza.

—¿Ha notado su señoría—dijo el virey inclinándose hácia Don Martin—qué buen servidor es este que tengo dedicado á mi persona?

—Notado lo habia—contestó el visitador—y creo que V. E. debia tomarle á su particular servicio, que criados así son raros aun en España misma.

—Tiene su señoría razon, y al levantarnos de la mesa le haré hablar, si no es que yo mismo lo hago.

El lacayo advirtió de lo que se trataba y redobló su actividad y su eficacia.

Al terminarse la comida el lacayo se inclinó, y con muestras de profundo acatamiento, dijo por lo bajo al virey:

—Perdóneme V. E. que tenga el atrevimiento de hablarle, pero es por saber si V. E. quiere dormir siesta despues de la comida, para ir á preparar todo lo necesario y esperarle en su cámara para velar su sueño.

El marqués se quedó mirando al hombre entre asombrado de su audacia y agradecido de su prevision, y luego como resolviéndose le contestó:

—Sí, prepara lo necesario, y vienes á avisarme para que me acompañes á mi cámara y me sirvas.

—¿Ya no me necesita aquí V. E.?—preguntó animado por la benevolencia del virey el lacayo.

—No.

El hombre entonces desapareció, y en un momento se informó de dónde estaba dispuesta la habitacion para S. E., y lo arregló todo, no sin causar alguna alarma á los verdaderos camaristas del virey, y volvió al instante al comedor á decir al marqués:

—Cuando V. E. quiera, todo está listo.

Poco despues se levantó el virey de la mesa, y seguido del visitador se dirigió á su cámara, en cuya puerta le aguardaba ya su nuevo servidor.

El primer dia de un vireinato, y con recepcion tan espléndida como la que México habia hecho al marqués de Cerralvo, cualquier hombre, por frio y reconcentrado que sea, se vuelve alegre, comunicativo y generoso, y el marqués no podia ser excepcion de esta regla, con tanta mas razon, cuanto que no solo él, sino su compañero de viaje Don Martin Carrillo, el visitador, eran de un carácter apacible y de un genio dulce y conciliador, á inferirse del modo con que obraron, el uno en su gobierno, y en su espinosa comision el otro.

El virey se entró á su cámara é hizo entrar tambien al visitador; el lacayo se quedó respetuosamente en la puerta.

—Ven acá—le dijo el virey.

El lacayo se aproximó.

—¿Cómo te llamas y en qué te ocupas actualmente?

—Excelentísimo señor, me llamo Benjamin Ordaz, humilde criado de V. E., y ahora no tengo destino: he venido á solicitar el servicio en el banquete solo por tener la honra de conocer á V. E. y el orgullo de haber sido el primero que le sirviera en México.

La adulacion es el veneno mas activo y el que toman todos los hombres mas fácilmente, por prevenidos que se encuentren, como el perfume del incienso, una vez desprendi-

do, nadie puede dejar de aspirarlo, penetra con el viento que da la vida, se hace sentir solo cuando ya no puede rechazarse.

—Y bien, Benjamin—dijo al mozo—¿antes qué eras tú?

—Pertenece, excelentísimo señor, á la servidumbre del marqués de Gelvez, antecesor de V. E.

—¿Y por qué lo dejaste?

El día del tumulto caí herido defendiendo una puerta, y tuve que esconderme por temor hasta que llegó V. E.

El marqués reflexionó un instante.

—Si me probaras la verdad de lo que me has dicho—exclamó el virey—te tomara inmediatamente á mi servicio.

—Los pobres, señor excelentísimo, no tenemos facilidad de probar nada, y solo podría mostrar á V. E. mi cuerpo atravesado de un balazo, como la ejecutoria de mi lealtad; pero tengo palabras de hombre honrado que solo V. E. puede comprender, y si ellas no me valen y V. E. no me toma á su servicio, no podrá quitarme el orgullo de haber servido en esta vez al hombre que trajo la paz y la tranquilidad á estos reinos.

—Bien, pensaré—le dijo el marqués;—espera en la puerta á que te llamen; pero cierra y que nadie nos interrumpa.

Benjamin salió haciendo una humilde reverencia.

—Me retiro tambien—dijo el visitador levantándose—que V. E. querrá tal vez reposar.

—No. Yo suplico á su señoría que permanezca, porque de hablar tenemos acerca de los negocios públicos ahora que nos encontramos solos y que debemos comenzar nuestros trabajos, porque de los primeros pasos depende en todas las empresas el éxito final.

—Razón tiene S. E.

—Dígame V. S. qué opinion ha formado de México por la manera con que nos ha recibido.

—Si he de hablar la verdad, la recepcion me ha parecido demasiado suntuosa para ser sincera.

—No lo crea V. S., que esto puede ser efecto de que es cierto lo que en España se dice acerca de lo fastuosos que son los mexicanos.

—O tal vez de lo que acerca de ellos se dice tambien, que son falsos y astutos.

—No es esa, por fortuna, mi opinion.

—Debo advertir á V. E. que apenas he llegado y he recibido luego un anónimo, en que se me denuncia una gran conspiracion organizada por los criollos y próxima á estallar, que tiene por objeto la independenciam de la colonia.

Al gesto de disgusto que hizo el virey al escuchar esta noticia, correspondió, como dos relámpagos de esos que brillan casi simultáneamente en dos lados opuestos del horizonte, otro gesto de Benjamin, que espiaba tras de la puerta, sin perder una sola palabra de lo que se hablaba en el cuarto.

—¿Y qué pormenores daria V. S. acerca de esa conspiracion?—preguntó el marqués.

Benjamin contuvo hasta la respiracion para escuchar la respuesta del visitador.

—Nada mas que lo que he dicho á V. E.—contestó Don Martin—que hay una gran conspiracion que tiene por objeto la independenciam de las colonias, y que debe estallar el día 5, es decir, pasado mañana, aprovechando los conjurados el desórden natural que en la ciudad produzcan las fiestas hechas en honor de V. E.

—Lo malo está—dijo el virey—en que poco conocemos aún á la gente de aquí; no tenemos personas de confianza,

y contamos con el natural temor de todos los comprometidos en el tumulto.

—Que son muchos, casi todos.

—¿Lo cree V. S. así?

—Estoy casi seguro de ello.

—¿Sabe V. S.—dijo el virey despues de un rato de silencio—que no seria malo valernos de este muchacho, de Benjamin, para tener noticias exactas de lo que pasa?

—Es una buena idea de V. E., porque el tal Benjamin parece leal, valeroso é inteligente, y puede sernos de grande utilidad.

Benjamin se frotaba las manos alegremente por fuera de la puerta.

—Creido me tengo—dijo el virey—que este Benjamin ha de llegar con el tiempo á ser el alma de nuestros servidores. ¿Os parece que lo llamemos?

—Como V. E. lo disponga.

Benjamin se retiró precipitadamente, y el virey sonó la campanilla de plata que habia sobre la mesa.

A la primera llamada Benjamin no acudió.

El marqués llamó segunda vez, y entonces el lacayo apareció diciendo desde la puerta:

—¿Llama V. E.?

—Sí, y por dos veces.

—Retíreme por respeto y para impedir que álguien se acercase—contestó Benjamin.

—Bien, cierra y acércate.

Benjamin cerró la puerta por dentro y seacercó respetuosamente al marqués.

—¿Conoces bien la ciudad?—preguntó éste.

—Excelentísimo señor, como á mi misma casa.

—¿Serás capaz de dar razon de cuanto se te pregunte si lo sabes, y averiguarlo si lo ignoras?

—Seguramente, señor.

—Bueno. ¿Qué has oido decir acerca de alzamientos y de tumultos?

—Además del que se hizo contra mi amo el señor marqués de Gelvez, y en el que sin meterme á juzgar, creo que tuvieron parte todos los caballeros de esta ciudad.....

El visitador dirigió una mirada de inteligencia al virey, que no se escapó á la penetracion de Benjamin.

—Hay—continuó—el rumor de que algunos criollos quieren alzarse con el reino, y que piensan dar el grito el dia 5 de este, porque dicen que en estas noches habrá grande alboroto por las fiestas que se preparan á V. E.

El visitador no pudo ya contenerse.

—Lo mismo que decia yo á V. E.; es una cosa pública.

—Permítame usía—interrumpió Benjamin—que tanto de pública no puede decirsele, porque ellos lo guardan en profundo secreto: si á usía se lo han dicho, es porque usía tiene en México muy grandes simpatías, como he oido contar por ahí.

La lisonja era fina y el visitador la tragó sin sentirla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo muy buenos amigos y muchos conocidos.

—¿Y nada mas sabes?

—Nada mas, porque no he cuidado de averiguar mas.

—¿Qué necessitarias para estar al tanto de todo y darme avisos?

—En primer, lugar que V. E. lo disponga así, y en se-

gundo que me dé V. E. una orden para entrar y salir á palacio á todas horas y por todas partes.

—Se te dará: ¿y dinero?

—Lo dejo eso á la prudencia de V. E.

—No quedarás descontento, y esta noche tendrás todo: retírate.

Benjamin salió radiante de alegría.

X.

En donde se prueba que los que andan siempre juntos, no son siempre buenos amigos.

Doña Catalina de Armijo era una hermosa dama que vivía por una de las calles que estaban cerca del monasterio de Santo Domingo.

Doña Catalina vivía con su madre, una anciana como de cincuenta y cuatro años: ni á la madre ni á la hija se les habian conocido nunca bienes de fortuna; pero ellas habian vivido siempre con cierto lujo, merced, segun decia el vulgo, á las condescendencias de la vieja y á la arrogante figura de Catalina.

No habia en aquella casa muchas visitas, pero sí tenian siempre algun constante protector que las visitaba asiduamente y con gran confianza, á todas horas del dia y de la noche.

Primero fué un intendente, luego un oidor, despues un comerciante acaudalado, mas adelante un regidor perpetuo, un alférez real y otros varios, hasta que segun informes verídicos, Don Alonso de Rivera ocupaba aquella posicion en los dias á que nos vamos refiriendo.